

COMO SE ENGENDRO EL QUIJOTE

En noviembre de 1580, once años después de haber salido de su patria, adolescente y lleno de esperanzas en el séquito de Aquaviva, desembarcaba Cervantes en Valencia, no portador de la severa y académica librea de su adolescencia de estudiante, ni de los marciales arreos y alegre policromía de su juventud de soldado sino con la chilaba azul del cautiverio, descolorida por los soles africanos, cruzada por el escapulario que la Trinidad ponía en el pecho de los redimidos.

Allá en Argel, en sus largas conversaciones con fray Juan Gil, el trinitario que acordara su rescate, se había informado de la situación precaria de los suyos, viviendo poco menos que al amparo de Andrea; de la doncellez hartó prolongada ya de Magdalena y de cómo Rodrigo, en el tercio de don Lope de Figueroa, aquél cuyos mosquetes hacían temblar la tierra, según don Juan de Austria, se hallaba en Portugal, camino de las Islas Terceras, en cuya acción pudo encontrarse también Miguel; y no como alguno de sus biógrafos ha podido insinuar, por los motivos de:

a la guerra me lleva
la necesidad,
si tuviera dineros
no iría en verdad,

que no hay porqué inferir conchavo ni ganapán en quien tan arraigada tenía la vocación de las armas que hubo siempre de anteponer a las letras en las páginas inolvidables de su madurez intelectual⁽¹⁾.

Pero las glorias militares no tentarían mucho tiempo a Cervantes a quien la visión de su hogar en Madrid le atraería con lazos irresistibles. El señor don Juan, el arquetipo de sus sueños de heroicidad y de gloria, había muerto. En una tarde melancólica de la llanura flamenca había entregado su buena alma a Dios en el entrevero trágico que le deparaba su destino de general en jefe de

⁽¹⁾ Cervantes: *Discurso de las armas y las letras*. (El Quijote. I Capítulos XXXVII y XXXVIII).

un ejército ahito de triunfos como hambriento de pagas, en un abandonado palomar donde le alcanzó la gravedad de la fiebre, rodeado de sus capitanes que lloraban lágrimas de ira e impotencia al verlo morir tan bello, tan joven, tan resignado, pidiendo únicamente que no lo dejaran en Flandes, sino que llevarsen su cadáver a España para inhumarlo junto al de su padre el Emperador a quien tanto había querido y cuya imagen era un valor, decisión y ánimo ⁽²⁾. ¡Así moría el Gobernador de los Países Bajos, el héroe de las Alpujarras, el hombre que había inspirado a Pío V al día siguiente de Lepanto el repetir de aquellas palabras: *Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes...*: “Hubo un hombre enviado por Dios y cuyo nombre era Juan...” con las que anunciaba a la cristiandad de Occidente, desde las más populosas ciudades a las más insignificantes aldeas, el triunfo de la Cruz!

Pero en una Corte cual la de Felipe II, todo aquello era ya historia; e historia reciente de esa que no conviene repasar, pues nada hay que ofenda más los ojos de los nuevos que la vista de los hombres de ayer, cuyos son los méritos sobre los que se asientan y cuya presencia es causa de reproche y enfado más que de noble emulación.

Cervantes, a quien la desgracia había madurado y el infortunio envejecido, iba siendo ya un hombre de ayer. Y al no acordársele las galas de capitán que le hubieran ascendido a vivir con sus iguales, su permanencia en las filas entre los soldados, a los que aplastaba con su superioridad y preocupaba como rival, no tenía ya ningún sentido.

En 1853 no figura en la milicia; y a fines del mismo, luego de acompañar a la Corte a Portugal donde, sin duda, reanudó su amistad con Mateo Vázquez, y con Alvarez de Toledo y algunos más como este último de sus compañeros de cautiverio, y de haber sido comisionado de orden del Rey para llevar pliegos reservados a Orán, Cervantes regresa a Madrid, acaso desengañado también

(2) Retirado en su campamento de Bourges, esperaba refuerzos de Alemania próximos a llegar, cuando estalló en él una epidemia de tifus; cuidando heridos y visitando a los enfermos se contagiò, y desde la tienda de campaña lo llevaron a un antiguo palomar abandonado; precedía el triste cortejo don Bernardino Zúniza, quien había llevado su pendón en las Alpujarras y Lepanto; acometido de ardiente fiebre, vómitos y calambres, entregó el mando a Farnesio y cayó en gran delirio soñando a grandes voces con batallas y ataques: en un intervalo de lucidez despidióse tiernamente de sus servidores y amigos repartiéndoles sus escasos bienes, pues, como dijo a su confesor el P. Dorante, jamás había poseído ni una pulgada de tierra, y el 2 de octubre, oyendo misa desde el lecho, murió a poco de alzar, en ella. (Eduardo Ibarra, España bajo los Austrias).

de sus escasas dotes palaciegas; y bajo la influencia de sus amigos Luis Gálvez de Montalvo, con quien leería los versos del *Pastor de Filida*, y Juan Rufo, que le había de deleitar con el recitado de *La Austriada*, tan grato a sus recuerdos, Miguel, a quien la ruta a Lisboa por las aguas tranquilas y serenas del padre Tajo y sus idílicas orillas, traería a la memoria los meses casi paradisiacos de sus cuarteles de invierno en Cerdeña, escucha el llamado que nunca dejó de oír de su vocación literaria y escribe y publica los seis libros de *La Galatea*, novela pastoril, la primera obra de gran aliento del genio, dedicada a Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía e hijo de Marco Antonio Colonna, Virrey de Sicilia, que acababa de fallecer y bajo cuyas órdenes había hecho Cervantes la marcha de Corfú a Cefalonia. Conseguido el privilegio real el 22 de febrero de 1584, el librero Blas de Robles, paisano de Cervantes, imprime *La Galatea* que aparece comprando meses después, el 14 de junio del mismo año, en la suma de 1.336 reales, nada despreciable para un escritor desconocido y que acredita las seguridades que Robles abrigaba sobre la excelencia de la obra y su buen éxito.

Que *Galatea* fuera, poco probable nos parece, doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, la jovencita de Esquivias, lugar próximo a Madrid con quien Cervantes contrajo matrimonio en noviembre del mismo año de 1584, no quiere decir que el triunfo literario de Miguel de Cervantes, fuera extraño a esta decisión. *La Galatea* pudo hacer creer a Cervantes que podía formar un hogar al amparo de las letras; y los reales que recibiera de Robles serían el gran acicate para un hombre que, como Cervantes, debió pensar seriamente hacer profesión de la pluma, en especial del teatro, como ya lo había hecho Lope de Rueda, y comenzaba a hacerlo el *Monstruo de la Naturaleza*.

Casado Cervantes, su situación personal no debió sufrir mudanza apreciable. La hidalguía y los apellidos de doña Catalina eran sin duda, más largos que su hacienda, con no ser menos que hacendada y ser su dote de 182.297 maravedíes; hay que creer que los parientes de su mujer ⁽¹⁾, clérigos nada admiradores de la bohemia del escritor, y aun el tío de doña Catalina, Alonso Quijano,

(1) De la hidalga familia de Salazar, de Esquivias, los últimos varones, don Francisco y don Hernando Salazar Vozmediano, este último casado con doña Catalina Palacios, habían muerto; de los Salazar no quedaba sino el tío, o primo, de doña Catalina, don Manuel Quijano o Alonso Quijada Salazar. En cuanto a los Palacios, oriundos de Toledo, pero hacendados en Esquivias, se contaban los clérigos don Juan y don Francisco de Palacios. Los nombrados Alonso Quijano y los Palacios eran los únicos parientes de la joven Catalina de

Tampoco puede caber por la imaginación de quien no ande al injerto de hijos naturales, una madre de tan variantes nombres y condiciones sociales, como esta de Isabel, que algunos creen nada menos que fuera una alta y noble señora que Cervantes habría conocido, "veni, vidi, vici", en su viaje relámpago a la Corte de Felipe II en Lisboa. En distintos documentos figuran como madre de Isabel, *Ana Franca*, *Francisca de Rojas* y *Ana de Rojas*; que nos parecen demasiadas madres para una sola hija y que tienen de común el que nadie las ha conocido, oído, visto ni hablado.

Para el mordaz y anónimo autor del *Quijote Apócrifo*, a quien no se le hubiera escapado embadurnar aún más la fama de Cervantes que lo hizo en el *Prólogo* de su obra, Isabel, lo insinúa, era simplemente una hija adoptiva. Nicolás Díaz de Benjumea así lo cree también.

Lo demás, los reconocimiento por Cervantes de Isabel, aquí como natural, allá como legítima, hoy con una madre, mañana con otra, lo único que comprueba es la ya conocida magnanimidad de Miguel y los suyos en dar, tan luego en los momentos solemnes de una capitulación matrimonial, y con anuencia de la mujer de Cervantes, Doña Catalina, que apadrina con él estas nupcias, su apellido a una niña que no lo tenía, como resulta de su partida de bautismo; pero que los Cervantes habían recogido y criado y a la que tenían familiar afecto.

Muchas, muchísimas familias hacen hoy igual, sobre todo donde la adopción no está legislada, y a nadie se le ocurre novelar sobre románticos y misteriosos amores de los adoptantes.

El matrimonio de Cervantes no fué suficiente para arraigarlo junto a las tierras y majuelos de Esquivias. Había demasiado en él de la sugestión del camino que no había de abandonarle más.

Vuelto a Madrid, el teatro, que fué, sin duda, la vocación sobresaliente de Cervantes, le atrae con pasión irresistible. El mismo nos contará después, en el *Prólogo* que escribe para los *Ocho Comedias* y *Ocho Entemeses*, que se vieron en los teatros de Madrid representar "*Los Tratos de Argel* que yo compuse, *La Destrucción de Numancia* y *la Batalla Naval*, donde me atreví a reducir las comedias a tres jornadas, de cinco que tenían, mostré, o por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos en el alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes: compuse en este tiempo hasta veinte o treinta comedias ⁽¹⁾, que todas ellas se reci-

(1) De ellas se conocen solamente algunos títulos: *La batalla Naval*, *La*

taron, sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni barahúndas. Tuve otras cosas en que ocuparme; dejé la pluma y las comedias y entró luego el *Monstruo de la Naturaleza*, y alzóse con la monarquía cómica”.

Tuve otras en que ocuparme ¿Sabéis cuáles fueron? Las de *ir tirando*: en lo material y en lo literario. Dos o tres composiciones poéticas, entre ellas sus *Canciones a la Armada Invencible* no tan conocidas acaso como lo requería el ardor y patriotismo que trasuntan; dos o tres sonetos, algunos de los cuales como el conocido que comienza:

*Voto a Dios que me espante esta grandeza
Y que diera un doblón por describilla...*

que él siempre tuvo en mucho, y en mucho más la posteridad y aquéllos para quienes, libres de prejuicios y frases hechas, un soneto tal y un estrambote como el suyo, serían suficientes, para celebrar a Cervantes como a uno de los grandes poetas castellanos, como lo está Gutierre de Cetina por el solo madrigal “A unos ojos”, prescindiendo de su restante producción poética, es todo lo que escribió Cervantes en los veinte años transcurridos desde su alejamiento del teatro hasta 1605 en que sale a luz la obra inmortal del *Quijote*.

Este *ir tirando* en lo literario se compagina bien con el otro *ir tirando* en lo material de la vida que nos muestra a Cervantes en esos años, los más descoloridos y grises de su existencia, entregado a las tareas menos conformes con su condición. En 1587, en Sevilla, acopia trigo por cuenta de Diego de Valdivia, alcalde de la Audiencia. En 22 de enero de 1588, don Antonio de Guevara, proveedor general de la flota que había de constituir la *Armada Invencible* que Felipe II preparaba contra Inglaterra, lo nombra comisario recaudador de contribuciones y tributos, el cargo más odioso que puede ofrecerse a un hombre, que obligó a Cervantes, que ya en comisiones anteriores había recorrido los pueblos de Córdoba, Sevilla, Jaén y Granada, a andarlos de nuevo, sacando trigo de un lado, aceite de otro, luchando con la hostilidad de los campesinos y llenando pliegos y más pliegos de números, libranzas,

Jerusalén, La Gran Turquesa, La Amaranta o la de Mayo, El bosque amoroso, La confusa y la única y bizarra Arsinda, que se habrían representado de 1584 a 1587.

Este, metido ya de hoz y coz en la maraña de pleitos, alcances, denuncias y reclamaciones que le deparaba su oficio se trasladó a Madrid junto con Cervantes.

Los años habían pasado; privaciones, trabajos, y malquerencias habían sido adunia para él. Sin embargo, en las fibras más recónditas de su personalidad moral vibraban aún los nobles y generosos estímulos que agigantaron su figura en los días lejanos de Argel.

En 1º de diciembre, repitiendo frente ante Felipe II y sus curiales los gestos magnánimos que sublimaron su conducta con Azán Baja, Cervantes se declara responsable de todo el proceso seguido contra Isunza su protector y amigo: "Yo me hecho cargo dello, decía a Felipe II, que tengo de dar cuenta de todo con lo demás que es de mi cargo y no es justo que del dicho Proveedor ni de mí se diga cosa semejante como la que se opone ni que dicho Proveedor sea injustamente molestado. Y para que se entienda esto verdad, me ofrezco a dar cuenta en esta Corte o donde Vuestra Majestad sea servido y de dar fianzas para ello legas y abonadas, además de las que tengo dadas a dicho Proveedor... y Vuestra Majestad sea servido que dando yo las dichas fianzas y la cuenta como la ofrezco, el dicho Proveedor ni sus bienes sea molestado, pues él no debe nada y sobre ello pido justicia". Y luego de su firma venía un "Otrosí: suplico a Vuestra Majestad mande que el juez sobresea hasta que se sepa la verdad de este negocio porque no es justo que por una simple petición del delator, sino otra información alguna sea creído y más contra tan fiel criado de Vuestra Majestad como lo es el dicho Proveedor Pedro de Isunza". ¡Oh, *Quijote*, y cómo andabas ya de maduro!

Entretanto fallecía doña Leonor de Cortinas en los primeros días de noviembre de 1593; su esposo, el bueno y sordo Rodrigo había fallecido ocho antes, el 13 de junio de 1585, luego de testar, instituyendo herederos a sus hijos Miguel, Rodrigo, Juan, doña Andrea y doña Magdalena ⁽¹⁾. En 1590 consta que Miguel había podido hacer una escapada a Esquivías donde su fiel esposa veía llegar el otoño de su vida pensando sin cesar en aquel marido bueno,

(1) Los Cervantes, de padres a hijos, repugnaban morir *ab intestato*, pero sus testamentos, en que no aparece otra cosa sino cargas o créditos imposibles, no son más que tributo pagado a una hidalguía que no ha podido acomodarse a la pobreza. En el testamento de Rodrigo, que nada tenía el pobre que dejar, salvo las misas para su alma con que cargaba la conciencia de sus herederos y albaceas, sin descargar sus haberes, aparece este hijo Juan de Cervantes Saavedra del que apenas se conoce su existencia que no sea por la partida de bautismo y dos o tres documentos más que lo nombran. A partir de 1585 no se sabe más de él, por lo que no es infundado creer que falleció al poco tiempo de su padre.

generoso, ocurrente, trabajador como pocos, andariego como ninguno y, por cuenta, aporreado siempre por la suerte.

La pérdida de sus padres a quienes quería grandemente a pesar de que, muy a la española en este afecto, no lo exhibe en sus obras ni fué para Cervantes tema de composición literaria, (en la literatura española, lo son pocas veces los padres y muy rarísima vez las madres ⁽²⁾), debió tener gran influencia en la vida de Miguel.

Los años grises habían pasado por ella tejiendo la urdimbre de malaventuras e infortunios en que había de retemplarse el ánimo más sereno e inquebrantable que conocieran las repúblicas de todas las letras.

Y en aquellas caminatas por los pueblos polvorientos de Andalucía, nuevamente recorridos en las más difíciles comisiones, ahora de cobrador fiscal de créditos enrevesados, por las provincias de Granada y Málaga, va llegando 1595 y acercándose la cincuentena de Miguel. Su carrera burocrática tiene entonces un final brusco y desgraciado; es que la adversidad acompaña a Cervantes y se pega a él como sombra inseparable. En el mes de diciembre, el recaudador Cervantes llega a Sevilla con los 7.400 reales importe de un laborioso luchar a brazo partido con los contribuyentes morosos de Almuñecar, Salobreña, Motril y Ronda, y deposita los fondos en la casa de banca de Simón Freire de Lunas, llevándose él una letra sobre Madrid adonde regresa para rendir sus cuentas a la Real Hacienda. ¿Os extrañaría mucho saber cómo Freire hace bancarrota y Cervantes, sin empleo, sin crédito, alcanzando por tan oxfordista suma, debe regresar a Sevilla y pasar aquel año y siguientes al tira y afloja con la Contaduría hasta 1597, en que da con sus huesos en la cárcel de Sevilla?

¿Qué más podría depararle ya el destino en cuestión de adversidades al héroe de Lepanto y la Goleta, al cautivo de Argel, al autor de la *Galatea* y la *Numancia* que el celebrar sus bodas de oro

(2) Este hecho de fácil y conocida comprobación ha intentado ser explicado por un crítico argentino, don Pedro Berenguer Carisomo, en una de sus celebradas conferencias sobre el genio y carácter de Andalucía. Muchas y muy buenas razones aduce Berenguez Carisomo para explicar este silencio de los escritores y poetas españoles sobre la madre; pero quizá ha omitido las que, a nuestro juicio, lo justifican más ampliamente: un algo de arizquez morisca que veda a los españoles mentar ante nadie a las mujeres del hogar y el culto a la Virgen, cuya maternidad de todo el género humano, ha hecho que la literatura española vuelque sobre Ella los cantos, afectos y devoción que las madres españolas despiertan en el corazón de sus hijos. Poco puede quedar para cantar la madre de la tierra a quienes así exaltan la Madre de los Cielos.

con la vida en aquella cárcel de Sevilla, universidad de todas las truhanerías, academia de rufianes, escuela superior de toda la ciencia desgarrada y hampesca que Cervantes iba a recoger para vengarse de la suerte legando a la inmortalidad las figuras inolvidables de todos los *Monipodios*, *Rinconetes*, *Cortadillos*, *Carihartas*, *Escalantas*, *tías fingidas*, y *sobrinas postizas*, *viejas haldudas* y *solemnes abispones* con que había de enriquecer la picardía inagotable de la novela española!

¡Qué faltaba ya sino unas ideas y venidas más por los campos dilatados de la Mancha, tal cual nuevo tropiezo en alguna inhóspita Argamasilla de Alba ⁽¹⁾ para que el gran loco de todas las edades y todos los tiempos, el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, abandonara la cárcel donde el pensamiento de Cervantes lo tenía prisionero y saliera al mundo a regocijar eternamente los siglos con sus singulares aventuras, sus descomedidas hazañas y sus admirables fracasos! ¡Y hay quién se pregunta aún cómo se engendró el *Quijote*!

(1) Los años 1598 á 1613 son quizá los menos conocidos de la biografía de Cervantes. De ellos debió residir algunos en Sevilla pasando algo así como las de Caín; en alguna forma debió viajar también por la Mancha con comisiones o trabajos de esos que, "como no dan de comer a su dueño, no valen dos habas" como diría después *Sancho Panza*. En estas correrías por la Mancha debió tener nuevos contratiempos y adversidades, acaso en Argamasilla de Alba, aunque no está probada que fuera esta villa la *de cuyo nombre no quiso acordarse*, ni su cárcel donde escribió el *Quijote*. Los epitafios de los "académicos" de Argamasilla que con donosa burla terminan la Primera Parte del libro inmortal y la del licenciado Avellaneda, maligna como todo el prólogo de su *Quijote Apócrifo*, no dejan lugar a dudas de que Cervantes sentía una profunda animadversión por Argamasilla.